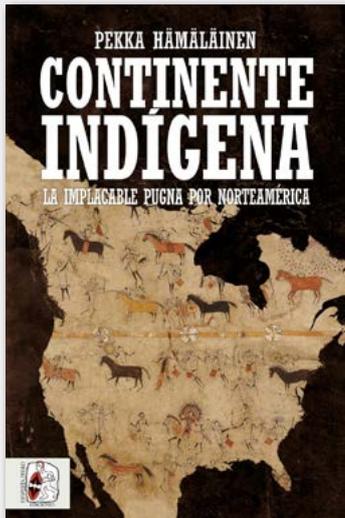


## Norteamérica, una potencia indígena

El multipremiado historiador Pekka Hämäläinen subvierte la narrativa tradicional de la construcción de Norteamérica en clave colonial arrojando luz sobre la silenciada historia de quienes ostentaron el verdadero poder sobre el continente generación tras generación: los indígenas. Un crisol de naciones nativas que a través de su sofisticada diplomacia, extensas redes comerciales, fuerte liderazgo y el recurso de la violencia se enfrentaron de tú a tú con el hombre blanco; hombres y mujeres que en las páginas de este libro abandonan su condición de figuras trágicas para poner en jaque y doblegar, durante cuatro siglos, el formidable desafío expansionista europeo y estadounidense.



Continente indígena. La implacable pugna por Norteamérica  
978-84-128068-5-4  
584 páginas  
15,5 x 23,5 cm  
Rústica con solapas  
P.V.P. 28,95 €

El viejo y arraigado canon de la historia de América reza que Colón «descubrió» un continente extraño y trajo historias de sus incalculables riquezas. Los Estados europeos se apresuraron a conquistar la mayor parte posible de este «Nuevo Mundo» y, aunque los pueblos indígenas se defendieron, no pudieron detener la embestida. Los imperialistas blancos estaban destinados a dominar el continente. La narración tradicional cuenta un camino hacia la inexorable destrucción de los nativos... Una historia que está basada en mitos y distorsiones. En su libro *Continente indígena. La implacable pugna por Norteamérica*, el aclamado historiador Pekka Hämäläinen presenta un potente argumentario que echa por tierra muchos de los supuestos más aceptados de la historia de Norteamérica. Gira nuestra perspectiva para alejarnos del Mayflower, de los padres fundadores y de episodios trillados, para acercarnos a un mundo de naciones nativas cuyos miembros, lejos de ser víctimas indefensas de la violencia colonial, dominaron el continente durante siglos tras la llegada de los primeros europeos. Desde los iroqueses en el nordeste hasta los comanches en las llanuras, y desde los indios pueblo en el sudoeste hasta los cheroquis en el sudeste, las naciones indias derrotaron a menudo a los blancos. En 1776 varias potencias coloniales reclamaban casi todo el continente, pero los pueblos indígenas seguían controlándolo: los mapas de los libros de texto confunden los extravagantes alardes imperiales con el control real. Aunque la población blanca y el ansia de tierra de los colonos se dispararon, los pueblos indígenas florecieron gracias a una diplomacia y unas estructuras de liderazgo sofisticadas. De hecho, el poder de los nativos alcanzó su punto álgido a finales del siglo XIX.

«El mejor libro de historia sobre los nativos americanos que he leído».

Jennifer Schuessler, *The New York Times*



**Pekka Hämäläinen**, doctor en Historia por la Universidad de Helsinki, es un galardonado investigador especializado en la historia de América del Norte, en concreto en historia indígena, colonial, imperial, ambiental y la frontera. Profesor en la Universidad de Oxford, Pekka Hämäläinen ha recibido una docena de premios, incluidos el Premio Bancroft, el Premio Merle Curti y el Premio Caughey. Su obra más reciente es *Continente indígena. La implacable pugna por Norteamérica* (Desperta Ferro Ediciones, 2024).

En librerías el miércoles 24 de abril. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

### Contacto:

Guillermo Escribano Jara - Comunicación

Tel. 616 404 434 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



# **SE HA DICHO DE CONTINENTE INDÍGENA. LA IMPLACABLE PUGNA POR NORTEAMÉRICA**

«El mejor libro de historia sobre los nativos americanos que he leído».

Jennifer Schuessler, *The New York Times*

«¡Ojalá hubiese tenido a mano el libro cuando era un joven y solitario universitario!».

*The New Yorker*

«Demuestra cuánto poder ejercían los nativos americanos sobre los primeros colonos y colonizadores».

*The Washington Post*

«El no tan “nuevo mundo”. El encuentro norteamericano entre colonos europeos y pueblos nativos fue mucho más complejo que una oleada unilateral de conquista».

*The Wall Street Journal*

«La historia de Estados Unidos debe verse desde todas las perspectivas».

*The Atlantic*

«Estudio riguroso y provocador de la historia de los nativos americanos por uno de sus profesionales más consumados».

*Kirkus Reviews*

## **PREMIOS DEL AUTOR**

**Bancroft Prize**

**Merle Curti Award**

**Caughey Prize**

**Norris and Carol Hundley Award**

**John C. Ewers Award**

**William P. Clements Prize**

**Kate Broocks Bates Award**

**Great Plains Distinguished Book Award**

**Philosophical Society of Texas Award of Merit**

**Recognition of Excellence Award in the Cundill International Prize in History**

**DOSIER DE PRENSA**



# LAS CLAVES DEL LIBRO

Una exuberante narración que conforma un lienzo, el de la historia de Norteamérica, del que solo entreveíamos una pequeña parte, y un revolucionario relato que dinamita nuestros marcos mentales y relativiza aquellos episodios tradicionalmente considerados grandes hitos coloniales y mitos fundacionales en este ejercicio de historia total.

---

Un recorrido diacrónico por cuatro siglos de historia de Norteamérica vertebrado por un factor que le da forma, dirección y sentido: el poder.

---

Una inversión de los clichés comunes en torno a la supremacía colonial y la desposesión indígena donde los hombres y mujeres nativos emergen como sofisticados diplomáticos, líderes fuertes, hábiles comerciantes y temibles combatientes.

---

Un complejo y sutil mundo de naciones indígenas que resistieron y resisten con implacable fiereza ante los imperios europeos y los Estados Unidos.

---

Por el multipremiado autor Pekka Hämäläinen, que con su anterior libro, *El Imperio comanche*, concitó el aplauso unánime de crítica y público.

---



## DOSIER DE PRENSA



## SUMARIO

Acerca de América existe un relato, viejo y muy arraigado, que viene a decir algo así como esto: Colón se topó con un continente extraño y regresó con historias de incalculables riquezas. Los imperios europeos se lanzaron de inmediato sobre ese asombroso Nuevo Mundo, ansiosos por reclamar la mayor extensión posible. Al enfrentarse entre sí, los europeos desencadenaron una expansión colonial que se prolongó alrededor de cuatro siglos, desde la conquista de La Española, en 1492, hasta la masacre de Wounded Knee de 1890. Entre estos dos momentos, las potencias europeas y el naciente imperio estadounidense acumularon almas, esclavos y territorio, al tiempo que desposeyeron y destruyeron cientos de sociedades indígenas. Los indios opusieron resistencia, pero no lograron contener la avalancha. Por más combativos y hábiles que fueran, no pudieron hacer frente a los recién llegados y a su descarnada ambición, a su tecnología superior y a sus letales microbios, que penetraban los cuerpos nativos con aterradora facilidad. Los indios estaban sentenciados; los europeos destinados a conquistar el continente. La historia fue un proceso lineal que avanzó de manera irreversible hacia la destrucción de los indígenas.

*Continente indígena* narra una historia diferente. Presenta un nuevo relato de la historia de América que pone en entredicho la inevitabilidad de la expansión co-

lonial, así como que el colonialismo definió al continente y las experiencias de quienes lo habitaban. Este libro deja a un lado tales premisas anticuadas y revela un mundo que siguió siendo abrumadoramente indígena hasta bien entrado el siglo XIX. Alega que, en lugar de la «América colonial», deberíamos hablar de una América *indígena* que se hizo colonial de forma lenta y desigual. Hacia 1776, diversas potencias coloniales europeas reclamaban la posesión de casi todo el continente, pese a que este seguía bajo el control de las potencias y los pueblos indígenas. Los mapas de los libros de texto modernos que representan Norteamérica con bloques de color bien definidos confunden extravagantes reivindicaciones imperiales con el control real del territorio. La historia del abrumador y persistente poder indígena sigue permaneciendo en el olvido y aún hoy constituye la mayor omisión de la visión común del pasado americano.

La realidad del continente indígena cayó en el olvido porque los imperios europeos, y en particular Estados Unidos, atribuían el poder al Estado y su burocracia, mientras que las naciones nativas lo asignaban a las relaciones de parentesco. Desde el principio, los recién llegados juzgaron a los indios con arreglo a conceptos europeos. Los historiadores posteriores hicieron lo mismo, pues se centraron en el poder del Estado como

la fuerza impulsora de las Américas. El parentesco, sin embargo, podía ser fuente de gran poder y las naciones indígenas poseían sistemas políticos avanzados que les permitían acometer operaciones diplomáticas y bélicas flexibles, pese a que los euroamericanos eran, muchas veces, incapaces de verlos. Una y otra vez, a lo largo de siglos, los indios bloquearon y destruyeron proyectos coloniales y obligaron a los euroamericanos a aceptar los usos, la soberanía y el dominio nativo. Esto es lo que muestran las fuentes históricas cuando separamos la historia de las Américas del relato histórico habitual, que da preferencia a las ambiciones, las perspectivas y las fuentes europeas.

El relato tradicional permanece enquistado en nuestra cultura y nuestra mentalidad. Si consideramos la visión al uso de la Guerra de Nube Roja y de la última resistencia de Custer, según el relato convencional, en una sola década, entre 1866 y 1876, los indios lakota y sus aliados cheyenes y arapahoes derrotaron a Estados Unidos en dos guerras. Primero en la ruta Bozeman, en lo que se conoció como la Guerra de Nube Roja, y luego en la batalla de Little Bighorn, donde aniquilaron al 7.º de Caballería de George Armstrong Custer. La historia estadounidense ha considerado ambas derrotas aberraciones o golpes de suerte.

Al fin y al cabo, Estados Unidos era una potencia militar-industrial de alcance continental que se disponía a expandirse más allá de la costa oeste. Los lakotas humillaron al país en un momento clave: justo cuando la nación se despojaba de su identidad fronteriza y se adentraba en la era moderna de lo corporativo, la burocracia y la ciencia. Tales desastres fueron atribuidos a deficiencias del mando y a un enemigo astuto y familiarizado con el territorio.

Por el contrario, vistas desde la perspectiva de los nativos norteamericanos, la Guerra de Nube Roja y la última resistencia de Custer no son anomalías históricas, sino la culminación lógica de una larga historia de poder indígena en el norte de América. Fue algo más esperado que extraordinario. Desde el inicio del colonialismo en Norteamérica, hasta los últimos triunfos militares de los lakotas, un sinnúmero de naciones nativas peleó con fiereza para mantener sus territorios intactos y sus culturas incólumes, así como frustraron las pretensiones imperiales de Francia, España, Gran Bretaña y los Países Bajos y, más tarde, de Estados Unidos. Esta «infinidad de naciones» incluía a iroqueses, catawbas, odawas, osages, wyandots, cheroquis, comanches, cheyenes, apaches y muchos otros. Y, aunque cada nación era y es distinta, un abismo cultural separaba a los recién llegados europeos de todos los habitantes indígenas del continente, el cual generó temor, confusión, ira y violencia. Esta división atizó uno de los conflictos más prolongados de la historia e inspiró siglos de búsqueda de una comprensión y un

acomodo mutuo... Una búsqueda que continúa en la actualidad.

Los grandes escollos para el estudio de los nativos de las Américas son unas amplias generalizaciones, combinadas con una limitada especificidad. Durante largo tiempo, los historiadores vieron a los indios como un monolito humano cortado de un único –y primordial– patrón cultural, una raza definida por una historia trágica de desposesión y por su épica pugna por la supervivencia. Esta tradición está presente en numerosos libros de historia popular que narran la historia de los nativos estadounidenses en forma de obra moralizante, que, a menudo, suele centrarse más en Estados Unidos y en su carácter que en los propios indios. En tales relatos de la América nativa, los indios suelen presentarse como figuras unidimensionales y su complejidad y diferencias se suprimen para dar interés al relato. Son reducidos a la condición de meras comparsas de la violenta transformación de Estados Unidos en potencia global: la resistencia y el sufrimiento de los indígenas realzan el drama y permiten a las personas del tiempo presente hacerse una idea de lo mucho que se perdió y a qué precio.

Al otro lado del espectro tenemos una venerable tradición de historias tribales, cada una de ellas centrada en una única nación nativa. Estas nos proporcionan una visión exhaustiva de sus tradiciones, estructuras políticas, cultura material y experiencias históricas. Este estudio académico, necesario y a menudo excelente, ha devuelto a la vida a centenares de pueblos indígenas olvidados; unos actores históricos fuertes, creativos y resistentes que llenan de texturas humanas un continente en penumbra. El inconveniente de este enfoque es el particularismo. Cada nación se ve como algo único, insertada en su propio micromundo. Si se multiplica esto por quinientos, el problema salta a la vista. Examinar la América indígena de este modo es como mirar una pintura puntillista desde escasos centímetros de distancia. Nos desborda, pierde coherencia; es imposible distinguir las pautas generales.

Con todo, basta este ligero ajuste de perspectiva para que surja una nueva y más nítida imagen de Norteamérica. *Continente indígena* sigue una vía intermedia entre lo general y lo concreto y descubre la larga lista de mundos nativos americanos que surgieron y cayeron en todo el continente entre principios del siglo XVI y las postrimerías del XIX. En numerosos dominios, indios y colonos compitieron por tierras, recursos, poder y supremacía, una pugna en la que muchas veces estaba en juego la supervivencia. Cada territorio tenía un carácter propio, reflejo de la abrumadora diversidad física del continente: los riesgos y dinámicas de la guerra, la diplomacia y el sentimiento de pertenencia se desempeñaban de modos diferentes en las costas, a lo largo de los valles fluviales, en los bosques y en las praderas y montañas.

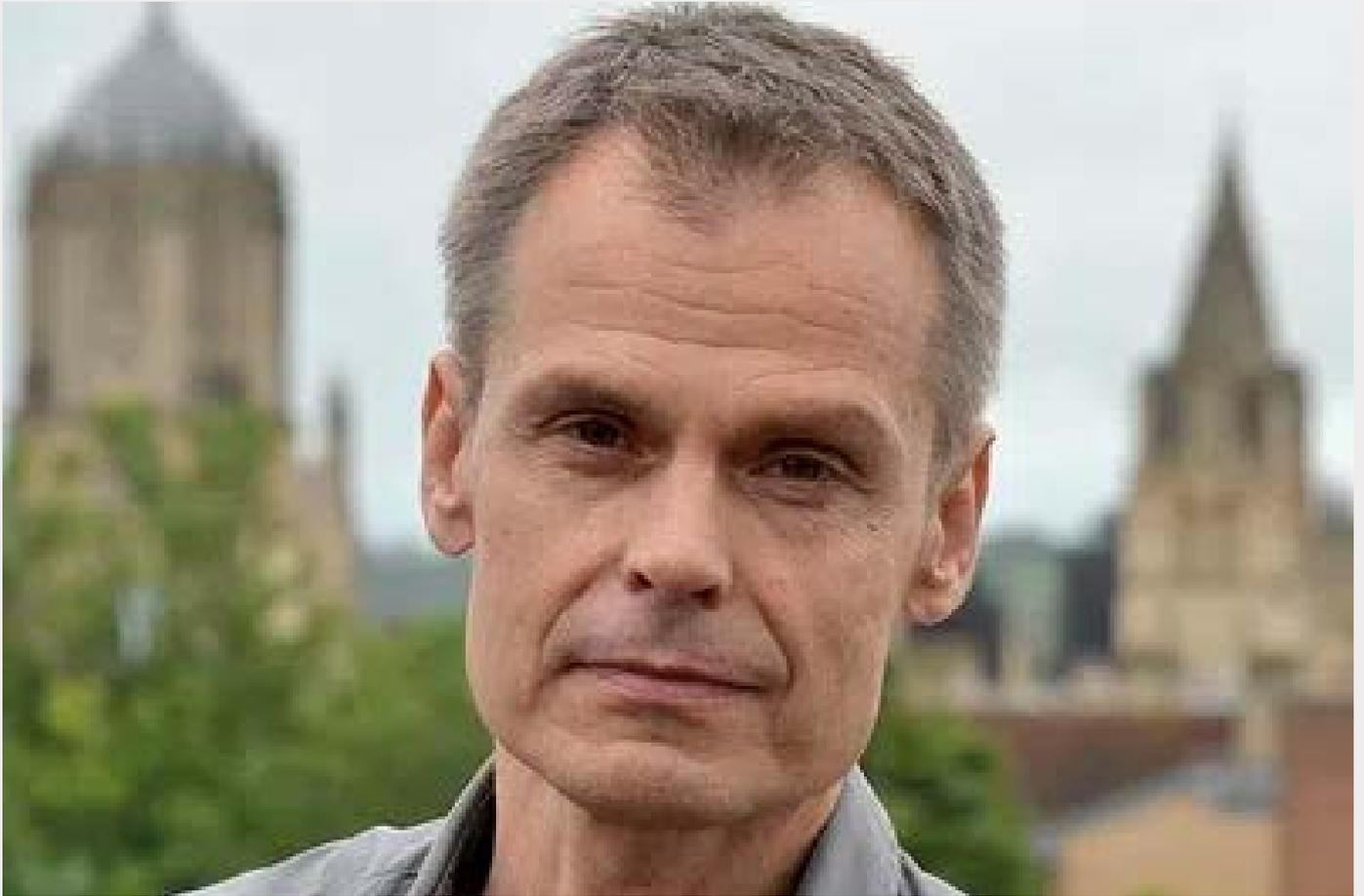
Por encima de todo, este libro es una historia de los pueblos indígenas, pero también es una historia del colonialismo. La historia de Norteamérica que nos muestra es la de un lugar y una era conformados, en lo fundamental, por la guerra. La pugna por el continente fue, básicamente, una contienda de cuatro siglos de duración en la que casi todas las naciones nativas combatieron la invasión de las potencias coloniales, a veces en alianza, otras veces solas. Pese a lo mucho que se ha escrito acerca de las guerras indias del norte de América, este libro presenta una visión indígena de dicho conflicto. Para las naciones nativas, la guerra era muchas veces el último recurso. En numerosas ocasiones, puede que en la mayoría, los indios trataron de insertar a los europeos en su sistema y darles una utilidad. No se comportaban como mendicantes. En realidad, los pedigüños eran los europeos: su vida, movimientos y ambiciones estuvieron determinadas por las naciones nativas, que acogieron a los recién llegados en sus asentamientos y redes de parentesco en busca de comercio y aliados. Los indios, tanto hombres como mujeres, eran diplomáticos sofisticados, astutos comerciantes y líderes fuertes. Los arrogantes europeos, aunque consideraban que los indios eran débiles y que estaban sin civilizar, se veían obligados a aceptar condiciones humillantes. Una inversión de los clichés comunes en torno al dominio blanco y la desposesión india que han sobrevivido hasta el presente.

Cuando había guerra, los indios ganaban con la misma frecuencia que perdían. Las viejas ideas, desacreditadas y ridículas de indios «salvajes» o «nobles salvajes», sugieren cierto grado de brutalidad en la batalla. Sin embargo, los colonos fueron los responsables de la mayoría de atrocidades. Numerosos colonizadores, en particular británicos, españoles y estadounidenses, llevaron a cabo limpieza étnica, genocidio y otros crímenes, si bien algunos adoptaron planteamientos más mesurados con los pueblos nativos. Hubo colonos que despreciaban a los indios y querían erradicarlos, pero también hubo regímenes coloniales que trataron de integrarlos. Hubo muchos tipos de colonialismo –de asentamiento, imperial, misionero, extractivo, comercial y legal– que van surgiendo y sumándose según avanza la historia. Es de vital importancia trazar la evolución del colonialismo: solo es posible una plena comprensión de la profundidad y alcance del poder indígena si se compara con el inmenso desafío colonial procedente de Europa. He tratado de presentar todo el potencial del colonialismo para destruir vidas, naciones y civilizaciones. Es en el contraste con esta violencia horrenda donde se revela el poder indígena. El colonialismo de ultramar fue una empresa inmensa que requirió valor y compromiso. Los invasores europeos eran implacables por su arraigada ideología racista y porque se jugaban mucho. Para la mayoría no había vuelta atrás.

Una historia en un solo volumen del norte de América continental no puede dedicar igual atención a todas las naciones nativas, regiones y acontecimientos. Las grandes naciones y confederaciones indígenas pudieron enfrentarse a los imperios nativos conforme a sus propias reglas e impulsaron buena parte de la historia gracias a su capacidad de mantener a Norteamérica indígena. Sin embargo, las naciones menores y sus resistencias también fueron esenciales en la conformación del continente indígena. La preservación del poder y la soberanía indígenas fue una empresa total: cada intrusión colonial, por pequeña que fuera, podía generar un efecto dominó de retiradas nativas. En consecuencia, este libro adopta muchas veces enfoques locales y detallados; fue allí, en los encuentros cara a cara, donde tuvo lugar la dura labor de la colonización y de la resistencia a esta. Los americanos indígenas peleaban por su tierra, por su vida y por las generaciones futuras. Cada palmo de terreno contaba.

El presente volumen cubre un amplio lapso histórico –cuatro siglos y un continente–, aunque existe un factor único que le da forma, dirección y sentido: el poder. Definimos a este como la capacidad de las personas y sus comunidades de controlar espacio y recursos, de influir en las acciones y percepciones de otros, de mantener a raya a sus enemigos, de convocar seres de otro mundo y de iniciar y resistir al cambio. Este libro es la historia de una larga y turbulenta era en la que el norte de América estuvo en disputa por muchos y dominada por ninguno. La historia que examina el modo en que las personas ganaban, perdían y, en raras ocasiones, compartían el poder con forasteros y creaban muchos nuevos mundos. La mejor descripción de este libro sería que es una biografía del poder en Norteamérica. El relato sigue las acciones y los puntos clave de inflexión en todo el continente en disputa y muestra cómo sus diversas regiones devinieron puntos geopolíticos calientes donde se intensificaron las rivalidades y donde la historia se tornó violenta.

Sin dejar de ser una obra inclusiva, centrada en los colonos europeos y en los nativos americanos, los actores, acontecimientos y momentos decisivos de la historia estadounidense pasan aquí a segundo plano. La Ley del Sello, la Ley del Té, la masacre de Boston y la promulgación de la Constitución de Estados Unidos tienen una presencia marginal en esta historia. Los indios controlaban la mayor parte de Norteamérica y a menudo ignoraban los avances europeos más allá de sus fronteras. Y, si los conocían, no les daban importancia. Por el contrario, los pueblos indígenas estaban interesados en las ambiciones y experiencias de otros pueblos indígenas: los iroqueses, cheroquis, lakotas, comanches, shawnees y muchos otros.



## ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a **Pekka Hämäläinen**, doctor en Historia por la Universidad de Helsinki. Un galardonado investigador especializado en la historia de América del Norte, en concreto en historia indígena, colonial, imperial, ambiental y la frontera. Profesor en la Universidad de Oxford, ha recibido una docena de premios, incluidos el Premio Bancroft, el Premio Merle Curti y el Premio Caughey. Su obra más reciente es *Continente indígena. La implacable pugna por Norteamérica* (Desperta Ferro Ediciones, 2024).

### ¿Qué ha querido contar en este libro sobre la historia de Norteamérica?

La tradicional y arraigada historia sobre América que dice más o menos así: Colón tropieza con un continente extraño y trae historias de riquezas incalculables. Los imperios europeos se abalanzan sobre él, ansiosos por hacerse con la mayor parte posible del Nuevo Mundo. Mientras chocan, inician una era de expansión colonial que dura aproximadamente cuatro siglos, desde la conquista de La Española en 1492 hasta la masacre de Wounded Knee en 1890. Entre esos dos momentos, los imperios europeos y el naciente imperio estadounidense acumulan almas, esclavos y territorio, desposeyendo y destruyendo cientos de sociedades indíge-

nas. Los indios contraatacan, pero no pueden detener la embestida. A pesar de su versatilidad y coraje, no son rivales para los recién llegados, cuya ambición descarnada, su tecnología superior y sus microbios letales, que penetran en los cuerpos de los nativos con una facilidad pasmosa. Los indios están condenados; los europeos están destinados a apoderarse del continente; la historia avanza irreversiblemente hacia la destrucción indígena. Pero hay otra historia que podemos contar, desafiando la noción de que la expansión colonial era inevitable y de que el colonialismo definía el continente, así como las experiencias de quienes vivían en él.

### El propio título del libro, *Continente indígena*, es ya una ruptura con la vieja narrativa colonial...

Más que de una “América colonial” deberíamos hablar de una “América indígena” que se fue convirtiendo en colonial de forma lenta y desigual. En 1776, varias potencias coloniales europeas reclamaban conjuntamente casi todo el continente para sí, pero los pueblos y potencias indígenas eran los que realmente lo controlaban. Los mapas de los libros de texto modernos que pintan gran parte de la Norteamérica primitiva con bloques ordenados y codificados por colores confun-

## «Más que de una “América colonial” deberíamos hablar de una “América indígena” que se fue convirtiendo en colonial de forma lenta y desigual».

den las extravagantes reivindicaciones imperiales con sus dominios reales.

Desde el comienzo del colonialismo en Norteamérica hasta los últimos triunfos militares de los lakotas, una multitud de naciones indígenas lucharon ferozmente por mantener intactos sus territorios y sus culturas, frustrando las pretensiones imperiales de Francia, España, Gran Bretaña, los Países Bajos y, finalmente, Estados Unidos. Cuando la historia de Estados Unidos se desvincula de los relatos dominantes que privilegian las ambiciones de poder europeas, las perspectivas europeas y las fuentes europeas, el registro muestra en cambio —una y otra vez, y a lo largo de los siglos— que los indios frenaron e incluso acabaron con los proyectos coloniales, apoyándose en sofisticados sistemas políticos de parentesco que permitían una diplomacia y una beligerancia fluidas, remodelando continuamente las fronteras del continente y frustrando las ambiciones coloniales.

### ¿Podría poner algún ejemplo de ese poder indígena que comenta?

Tanto la guerra de Nube Roja como la batalla de Little Bighorn —en la que los indios lakota y sus aliados cheyennes y arapahoes derrotaron a Estados Unidos— han pasado a los libros de historia como excepciones, achacadas a un liderazgo deficiente y a un enemigo astuto conocedor del terreno. Sin embargo, vistas desde la perspectiva de los nativos americanos, la guerra de Nube Roja y la última batalla de Custer no aparecen como anomalías históricas, sino como la culminación lógica de una larga historia de poder indígena en Norteamérica. Fueron más esperados que extraordinarios.

Hay muchos ejemplos de otras batallas notables: las masacres de los pequot y los raritan de 1637 y 1644, respectivamente, parecían marcar el colapso generalizado del poder indígena en el noreste. En realidad, las masacres pusieron de manifiesto la arraigada ansiedad europea ante la perdurabilidad del poder indígena: los ataques fueron tan crueles porque los colonos temían a los indios que se negaban a someterse a su dominio. Las guerras con las naciones indígenas, mucho más numerosas y de mayores dimensiones, llevaron a los colonos al límite de sus fuerzas. A mediados de siglo, los asentamientos coloniales en Norteamérica consistían en unas dos docenas de ciudades costeras y un puñado de fuertes de escasa importancia

en las llanuras costeras; frenados por el poder indígena, los colonos ingleses se habían extendido de arriba abajo a lo largo de la costa atlántica, aferrándose a sus abrigados estuarios, apenas atreviéndose a protagonizar tímidas incursiones en el interior del continente. Los Apalaches y las tierras situadas al oeste seguían siendo prácticamente desconocidas para los blancos.

### ¿Qué dimensión tuvo la presión indígena contra los colonos?

Los violentos enfrentamientos entre nativos americanos y colonos a finales de la década de 1670, que llegaron a conocerse como la Guerra de Metacom, o Guerra del Rey Felipe para los ingleses, supusieron una espantosa calamidad para los colonos, incluso en medio de una aparente victoria. Nueva Inglaterra había perdido seiscientos soldados, aproximadamente el 10 % de sus efectivos, y habían muerto al menos mil colonos. La colonia sufrió unas pérdidas astronómicas que ascendieron a 150 000 libras en propiedades, en una época en la que 100 libras era un salario anual acomodado. Los hogares de más de mil familias de colonos habían sido incendiados y unas dos docenas de ciudades habían sido destruidas o gravemente dañadas. Los ingleses no volverían a ocupar sus fronteras anteriores a la guerra hasta 1700.

### ¿En qué se fundamentó el poder indígena?

Aunque sufrieron derrotas, los indígenas americanos hicieron retroceder al colonialismo en distintos rincones del continente, obligando a los colonos a recular, recalibrar sus ambiciones y reconsiderar sus prejuicios sobre los pueblos indígenas. Lo que hizo tan eficaz la resistencia indígena a lo largo del siglo XVIII y hasta bien entrado el XIX fueron sus sistemas de parentesco y diplomacia, que les permitieron reclutar guerreros de varias naciones y forjar alianzas estratégicas que enfrentaron entre sí a las potencias coloniales. Los cuatrocientos años de lucha por mantener el continente indígena llevaron una y otra vez a los colonos de las potencias europeas, y luego a los de Estados Unidos, al límite de sus fuerzas.

### ¿Y cuáles eran sus estrategias para hacer frente al poder colonial?

La enorme variedad de naciones indígenas y la solidez y multiplicidad de su resistencia frustraron a los colonos,

**«Los cuatrocientos años de lucha por mantener el continente indígena llevaron una y otra vez a los colonos de las potencias europeas, y luego a los de Estados Unidos, al límite de sus fuerzas».**

cuando no los mataban. Algunas naciones se basaron en la fuerza y el número para acorralar y castigar a las potencias coloniales, mientras que otras buscaron alianzas con ellas. Algunas forjaron lazos con otras naciones indígenas y se reinventaron a sí mismas como confederaciones, como las Seis Naciones de la Confederación Iroquesa, que fueron la potencia imperial dominante en el corazón de Norteamérica durante generaciones. A principios del siglo XIX, los comanches y los lakotas construyeron imperios propios, en parte para sobrevivir al colonialismo. En lugar de luchar contra estas potencias indígenas, los colonos las aplacaron. Querían desesperadamente ser aliados y no enemigos. Se pusieron del lado del poder.

Las naciones más pequeñas recurrieron a tácticas más sutiles. En lugar de enfrentarse directamente a las potencias coloniales en la batalla, las eludían dispersándose y pasando desapercibidas, aprovechando la extraordinaria variedad medioambiental de Norteamérica. Los catawbas, shoshones, utes, nez perces, pies negros, seminolas y otros encontraron refugio en desiertos, montañas y pantanos, eludiendo a los imperios coloniales que se vieron obligados a bregar con terrenos difíciles y extraños, mientras que los shawnees, “los mayores viajeros de América”, contrarrestaron el desplazamiento colonial con una diáspora indígena muy organizada. En el valle inferior del Mississippi, las pequeñas naciones se convirtieron en potencias regionales gracias a su movilidad estratégica, su violencia calculada y sus alianzas convenientes, manteniéndose siempre un paso por delante de los imperios coloniales circundantes.

### **¿Qué ocurrió, entonces, con el poder indígena tras la independencia de Estados Unidos?**

Cuando las Guerras Indias llegaron a su fin en 1877, Estados Unidos había salido triunfal, pero el país estaba exhausto. Desde su fundación en 1776, habían sufrido más de mil seiscientos enfrentamientos militares oficiales con los nativos americanos. Además, mientras luchaba contra los indios, se había sumido en una extenuante y descorazonadora guerra civil que se había cobrado nada menos que 750 000 vidas. Cuando por fin llegó la paz, Estados Unidos se comprometió a completar no una sino dos reconstrucciones, la del Sur americano y la del Oeste indígena. En comparación con la reconstrucción del Sur, que aportaba elementos conciliadores, la reconstrucción indígena fue, en con-

junto, severa y vengativa, caracterizado por sus “programas de civilización”, internados diseñados para “matar al indio para salvar al hombre”, y por políticas de tierras que calificaban los territorios indígenas como “excedentes”.

### **Por tanto, la historia de la América indígena parece más la de una liza de tú a tú que la crónica de una muerte anunciada...**

El poderío indígena en Norteamérica alcanzó su apogeo entre mediados y finales del siglo XIX, lo que, a primera vista, parece contradictorio. Fue el periodo en el que Estados Unidos emergió a la escena mundial

con sus “gigantescos territorios económicos”, que inspiraban asombro y temor en Alemania mientras que en Italia se consideraba su “mayor amenaza”. Someter a las naciones indígenas

independientes y borrar su soberanía pareció a los Estados Unidos imperiales un problema sencillo de manejar dado su abrumador poderío militar y tecnológico, incluido el ferrocarril. Pero las naciones indígenas también supieron reinventarse, en parte como respuesta al creciente imperialismo estadounidense. Los poderosos comanches acorralaron a la República mexicana en su hinterland, enseñoreándose de vastas extensiones del hemisferio. Los lakotas, apoyándose en su movilidad ecuestre, su amplia red de alianzas y su experiencia frustrando las ambiciones coloniales generación tras generación, se erigieron en los principales guardianes del continente indígena. Durante siete décadas, frenaron una y otra vez la expansión estadounidense, protegiendo al mismo tiempo a decenas de naciones más pequeñas y vulnerables. Mirando hacia el este desde el oeste norteamericano, la crónica de Norteamérica emerge como una única historia de decidida resistencia que mantuvo indígena gran parte del continente durante generaciones.

Vista bajo el prisma de la perspectiva indígena, la historia norteamericana se revela de forma fundamentalmente diferente. También lo es el presente americano. Hoy, la Norteamérica indígena soberana persiste en el dinamismo de las comunidades nativas modernas, en la resistencia de los modos de vida tradicionales y en la continuación y evolución de la principal respuesta india al colonialismo: la resistencia.

**Fuente:**

<https://time.com/6220951/colonial-america-is-a-myth>

**«El poderío indígena en Norteamérica alcanzó su apogeo entre mediados y finales del siglo XIX, lo que, a primera vista, parece contradictorio».**

# ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos

Nota acerca de la terminología y el estilo

Introducción. *El mito de la América colonial*

## PRIMERA PARTE

El alba del continente indígena (los primeros setenta milenios)

- 1 El mundo a espaldas de la Tortuga
- 2 El continente igualitario
- 3 Conquistas a ciegas

## SEGUNDA PARTE

Parecían gigantes en la distancia (el largo siglo XVI)

- 4 *Terra nullius*
- 5 El imperio powhatan
- 6 Guerras en la orilla del agua
- 7 Los pequots ya no volverán a ser llamados pequots

## TERCERA PARTE

La pugna por el gran interior americano (principios-mediados del siglo XVII)

- 8 El ascenso de la Liga de las Cinco Naciones
- 9 Enemigos de la fe
- 10 El poder de la debilidad

## CUARTA PARTE

El contragolpe indígena (finales del siglo XVII)

- 11 Los ingleses como un niño pequeño
- 12 El desafío de Metacom
- 13 Las guerras civiles e inciviles de Virginia
- 14 La gran rebelión del sudoeste

## QUINTA PARTE

El tenaz continente indígena (principios del siglo XVIII)

- 15 La línea resiste
- 16 Olían como los caimanes
- 17 Una infinidad de rancherías

## SEXTA PARTE

El corazón del continente (mediados-finales del siglo XVIII)

- 18 Perros mágicos
- 19 Guerras hasta el fin del mundo
- 20 El asedio a la América británica
- 21 Guerras de independencia mundanas y ultramundanas
- 22 Una segunda muralla china

## SÉPTIMA PARTE

Las revoluciones americanas (finales del siglo XVIII, principios del XIX)

- 23 El crisol americano
- 24 Promesas del oeste
- 25 El demonio blanco de fauces abiertas de par en par

## OCTAVA PARTE

La era de los imperios ecuestres (el siglo XIX)

- 26 La larga era de las deportaciones
- 27 La supremacía comanche
- 28 El escudo lakota

Epílogo. *Venganza y resurgimiento*

Bibliografía

Índice analítico

## CAPÍTULO 5

# EL IMPERIO POWHATAN

Mientras el sueño de oro, esclavos e imperios indígenas atraían una expedición española tras otra a Norteamérica, los marinos ingleses y franceses empezaron a tantear la cara oriental del continente y a acometer sus primeros intentos de colonización del nuevo mundo. Lo hicieron con más discreción que los españoles: en su mayor parte, buscaban pescado y pieles, que avivaban pasiones menos enérgicas, aunque más constantes. Mientras que España empleaba el sistema formalizado de conquista forjado en el Caribe y Mesoamérica, ingleses y franceses usaron un sistema flexible basado en el comercio. En 1508, Sebastián Caboto –hijo de Juan y, al igual que su padre, al servicio de los ingleses– navegó al extremo norte de la bahía de Hudson y, desde ahí, siguió la costa, rodeando Terranova hasta la bahía de Chesapeake. En ruta encontró «tal cantidad de ciertos grandes peces» que «a veces saltaban a sus naves».

Cabot, nombre que los ingleses daban a Sebastián y a su padre, descubrió lo que se conoció como el Gran Banco. Para una gente llegada desde latitudes septentrionales, esta larga costa, festoneada de bahías, ofrecía un trofeo tentador: una corriente cálida que recorre el Atlántico Norte y que genera cantidades ingentes de nutritivo fitoplancton, el cual alimenta las mayores pesquerías del mundo, situadas frente a las costas de Terranova, Labrador y Acadia. Los cardúmenes de bacalao y las manadas de ballenas eran enormes.

El Gran Banco no tardó en atraer flotas pesqueras y balleneras de Inglaterra, Francia, España, Portugal y los Países Bajos, que convirtieron Bristol, Plymouth, Saint-Malo, Cádiz, Lisboa y Ámsterdam en florecientes centros de comercio transatlántico. En 1521, mientras Cortés conquistaba el Imperio azteca, el marino portugués João Álvares Fagundes estableció en la costa meridional de Terranova lo que podría calificarse de primera colonia europea de Norteamé-

rica. Esta empresa se dedicó al cultivo, la fabricación de jabón y la pesca a pequeña escala, no a la prospección minera y a la captura de esclavos. El asentamiento de Fagundes duró unos cinco años.

La comercialización de interacciones europeo-indígenas avanzó con rapidez. En 1524, los narragansetts y wampanoags de la costa atlántica central dieron la bienvenida a Giovanni da Verrazzano, un marino italiano al servicio de Francia. El oro no les servía de gran cosa, pero recibieron de buen grado sus cuentas azules y rojas, que podían añadir al comercio nativo ya existente de cobre y de pequeñas conchas cilíndricas conocidas como *wampum*. La poderosa Confederación Wabanaki, formada por cuatro pueblos algonquinos –micmac, maliseet, passamaquoddy y penobscot– prohibió terminantemente desembarcar a la expedición de Verrazzano; parecían dispuestos a mantener la distancia con los recién llegados y sus enfermedades.

Jacques Cartier, un experimentado marino de Saint-Malo que exploró la costa de Terranova, remontó el río San Lorenzo en 1535. Ansioso por hallar riquezas, reclutó como guías a Donnacona, jefe de una aldea iroquesa, y a dos de sus hijos. Los tres iroqueses, sin embargo, tenían sus propios planes. Tras un

largo viaje, le dijeron a Cartier que se acercaban a la ciudad de Stadacona, una modesta aldea iroquesa. Esta había de ser la Tenochtitlan de Francia, la puerta de entrada a América y sus riquezas. Cartier, indignado, hizo prisionero a Donnacoona y lo llevó a Francia, donde falleció cuatro años más tarde.

Inglaterra y Francia no parecían mostrar mucho entusiasmo por la colonización de ultramar. No tenían un método definido de conquista y gobierno, por lo que se basaban en inversores privados que buscaban obtener rápidos beneficios.



Manto powhatan (de Wahunsenacawh), litografía (1888). University of Oxford.

## CAPÍTULO 8

# EL ASCENSO DE LA LIGA DE LAS CINCO NACIONES

Iroquia, lugar de nacimiento y hogar de los iroqueses, surgió en el octavo milenio a. n. e. bajo los hielos en retroceso. Con ayuda de la Mujer del Cielo y su hijo Tharonhiawagon, la tierra firme se expandió en todas direcciones a lomos de la Tortuga. Sin embargo, no todas las aguas desaparecieron. Profundas grietas abiertas por el hielo se convirtieron en cursos fluviales que surcaban Iroquia de norte a sur y que, en el futuro, se conocieron como los ríos Connecticut, Hudson, Delaware, Susquehanna, Allegheny y Ohio. En conjunto, demarcaban un enorme dominio rectangular que se extendía casi 650 kilómetros, desde el Connecticut hasta el lago Erie.

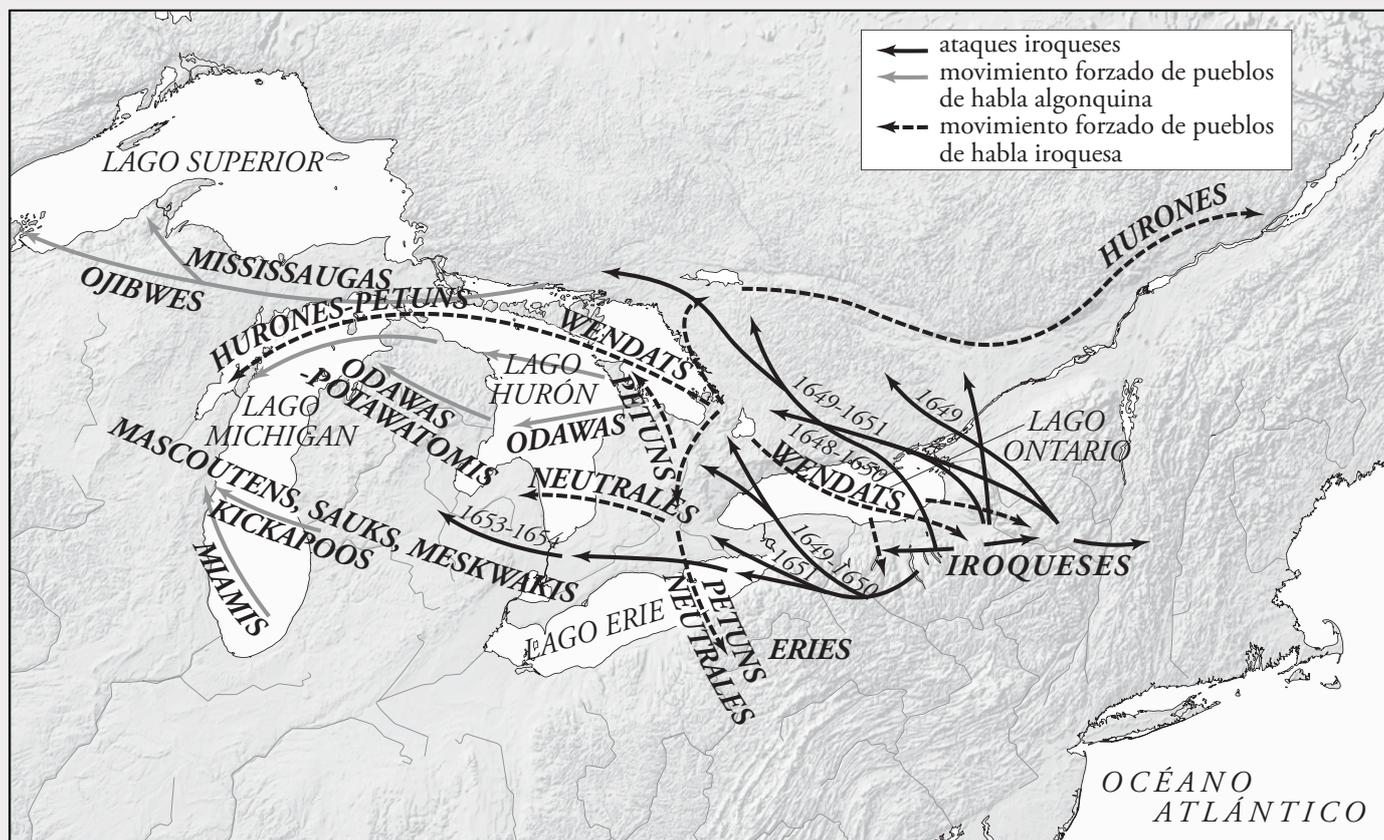
Un segundo conjunto de ríos –el Mohawk, el San Lorenzo y el Ottawa– facilitaban el movimiento en el eje este-oeste y abría acceso al gran interior por medio de los lagos Ontario y Erie. Fue por esas vías acuáticas como llegaron a Iroquia el maíz, las judías y el calabacín, que desencadenó un crecimiento poblacional que hizo que los iroqueses sumaran entre 20 000 y 30 000 miembros en el siglo XV. Desde muy pronto, los iroqueses se dispusieron a ocupar un lugar central. Sin embargo, adquirir poder requería algo más que suerte geográfica; también exigía creatividad política y flexibilidad. La tierra era esencial para la pertenencia y la supervivencia, pero, para obtenerla, los habitantes necesitaban primero garantizar el acceso a los ríos, lo cual posibilitaba la agricultura, la movilidad, el comercio, la guerra y las alianzas. La antigua ley india del «plato con una cuchara» permitía compartir el territorio y los recursos.

Las naciones iroquesas lucharon entre ellas durante generaciones, pero, hacia finales del siglo XV, la Gran Liga de Paz y Poder, un compromiso ritual y espiritual, puso fin al derramamiento de sangre. El cimiento de la Gran Liga fue la Gran Ley de la Paz, un relato oral que explica la formación de la Gran Liga de Paz y Poder, una alianza estratificada de cinco naciones, o fuegos de consejo, concentrada en los lagos Finger, situados al sur y al este del lago Ontario. Los iroqueses se autodenominaban *haudenosaunee*, que significa «la casa al completo». Dentro de este gran hogar común metafórico, cada nación tenía un papel específico. Los mohawks, «el pueblo del pedernal», ejercían de guardianes de la Puerta Oriental; los senecas, «el pueblo de la gran colina», eran los Custodios de la Puerta Oc-

cidental, que incluía a las otras tres naciones: los oneidas, «el pueblo de la piedra erguida»; los onondagas, «el pueblo de la montaña»; y los cayugas, «el pueblo del embarcadero», en el medio.

La Liga de las Cinco Naciones era la fachada colectiva y externa de la Gran Liga de Paz y Poder, que se encargaba del comercio, la diplomacia y la guerra con otros pueblos. Las Cinco Naciones se convocaban entre los onondagas, los custodios del fuego, en el centro simbólico de Iroquia, al sur y este del lago Ontario. Allí, el Gran Consejo de 50 *sachem* –jefes de clan– se reunía a deliberar en torno a cuestiones que afectarían a toda la liga. Los *sachem* debían seguir las lecciones del Pacificador mitológico que llevó la Buena Nueva de la Paz y el Poder a Hiawatha, «el que peina», un héroe cultural que curó al misántropo *sachem* Tadadaho, un hombre tan henchido de odio que su cabellera se había convertido en un caótico revoltijo de serpientes. Hiawatha desenredó el pelo de Tadadaho y le concedió a él y, por extensión, a los iroqueses, raciocinio. Cada nación votaba al mismo tiempo, pues todas las decisiones del Gran Consejo debían ser unánimes. Un misionero jesuita que visitó a la nación onodaga durante un consejo quedó sorprendido e impresionado por el debate. «En esto, su política es muy sabia, no hay nada de bárbaro en ella [...] allí están presentes todos los delegados de las diferentes naciones, para presentar sus quejas y recibir la necesaria satisfacción en forma de dones mutuos [...] mediante los cuales mantienen un buen entendimiento entre ellos».

Una antigua tradición dictaba que las mujeres de mayor edad eran las jefas de los clanes iroqueses y que designaban las funciones de los *sachem*. Elegían los candidatos aptos entre los varones adultos que cumplían los criterios clave: elocuencia, capacidad de escuchar y la autoridad necesaria para alcanzar consensos. Las madres del clan, además, podían clausurar los consejos de *sachem* y decidían el destino de los cautivos, una responsabilidad crucial en la política iroquesa. Un prisionero francés observó sorprendido el papel central que desempeñaban las mujeres en la política de las Cinco Naciones: «Entonces, él, o ella, quien tuviera propuestas que hacer, empieza por reunir a los ancianos de su familia y si es algo que concierne a los guerreros, convocan a uno o dos capitanes de la misma familia para servir de testigos de su propuesta».



Las guerras del duelo de los iroqueses.

Cada uno da su opinión con gran formalidad, tras lo cual se acuerda un procedimiento. Una vez finalizado esto, un anciano nombrado por ellos va a invitar a las otras familias, y con esto quiero decir a los ancianos y jefes guerreros, si la cosa así lo requiere». Al igual que muchas otras naciones nativas del este, las mujeres se encargaban en exclusiva de la agricultura. Las aportaciones de las iroquesas a la riqueza y seguridad de su confederación eran abrumadoras y consolidaban el rol de las madres del clan como agentes con capacidad de decisión: podían presentar iniciativas políticas cuya adopción no necesitaba el respaldo de los hombres. El gobierno femenino tenía una dimensión práctica: los hombres eran cazadores y comerciantes que recorrían largas distancias y solían ausentarse durante largos periodos. Las casas comunales, las moradas para varias familias, pertenecían a las mujeres. Entre todas las naciones indígenas, los iroqueses eran los más cercanos al matriarcado. Un cura jesuita consideró que «nada [...] es más real que esta superioridad de las mujeres. En verdad, son ellas quienes forman la nación». El misionero jesuita Joseph-François Lafitau coincide con el anterior, pues calificó al gobierno iroqués de ginecocracia.

Los iroqueses, liderados por las madres de los clanes, se acogían al concepto de paz y pertenencia del Árbol de la Gran Paz, que podía abarcar más allá de Iroquia como techo protector, así como cubrir a forasteros que mostraran capacidad de adoptar la mentali-

dad adecuada. La Liga de las Cinco Naciones era, a un tiempo, un organismo político y espiritual enfocado a la búsqueda de la paz, la unidad y la cooperación. Las invasiones europeas de principios del siglo XVII imbuieron a este ideal de una urgencia renovada y más tarde lo militarizaron. El resultado fue el conflicto bélico y un estallido sin precedentes de poder indígena.

A finales de la década de 1620, los mohawks negociaron acuerdos comerciales con los neerlandeses de Fort Orange. Tras establecer relaciones mercantiles con ellos, los mohawks, en unión de las demás naciones iroquesas, se dispusieron a poner fin, de una vez y para siempre, al comercio franco-indio del valle del San Lorenzo. Hostigaron y mataron wyandots, algonquinos y otros indios aliados con los franceses y los obligaron a retirarse. Con el crecimiento de su poder y sus ambiciones, los iroqueses hicieron un esfuerzo concertado para redefinir el paisaje geopolítico del noroeste al servicio de sus exigencias: querían redirigir el flujo de pieles, armas, metal, personas y poder en dirección sur, hacia sus aldeas. En 1633, contactaron con unos mercaderes ingleses que habían anclado en Tadoussac, en el curso inferior del San Lorenzo. Aterrado, Champlain pidió a los iroqueses que no abandonaran a los galos, los cuales «siempre los habían amado y defendido». Quería que recordaran que «los habían asistido en persona en sus guerras», en las que «él mismo había sido herido por una flecha».

# LOS INGLESES COMO UN NIÑO PEQUEÑO

Los nativos americanos y Satán estuvieron cerca de destruir Nueva Inglaterra en 1675. Los indios atacaron 52 asentamientos coloniales y arrasaron 12 en un ejercicio de guerra total contra mujeres, niños, hombres, vacas, puercos, caballos, casas y Biblias. Aunque los colonos esperaban una guerra, cuando esta llegó fue de una intensidad desahogada. Los ingleses se dieron cuenta de lo poco que sabían de los indios que les rodeaban y de sus planes y ambiciones.

Tras más de siglo y medio de colonización europea en el continente, todavía no existía un mapa europeo completo de Norteamérica. Cada potencia colonial veía al continente desde su posición específica; se centraba en una franja o franjas particulares y dejaba expuestos a los aspirantes a colonizadores. Los ingleses conocían la costa atlántica y la bahía de Hudson, los españoles Nuevo México y Florida y los galos el valle del San Lorenzo. Solo los franceses, gracias a su alianza con las naciones nativas del interior, tenían cierto atisbo del vasto continente indígena que se extendía más allá del horizonte de sus enclaves coloniales. En ninguno de estos lugares los europeos podían dominar a los nativos americanos.

Un mapa preciso del norte de América en 1675 habría dejado atónitos a estos invasores blancos que reclamaban la posesión del territorio. El mapa mostraría un cinturón disperso de colonias inglesas en las planicies costeras, desde la disputada Acadia – que los franceses también reivindicaban – a la bahía de Chesapeake, en el sur. Habría mostrado la diminuta y recién establecida localidad de Charles Town, dos puestos ingleses en la bahía de James y una aldea india a apenas 24 kilómetros de Boston. También se verían 35 misiones españolas en Florida, que se adentraban unos 360 kilómetros al interior desde el litoral del Atlántico. Gestionadas por apenas 40 sacerdotes franciscanos, atendían a millares de nativos americanos. Solo había un asentamiento español de cierta importancia: San Agustín. Este mapa preciso mostraría tres aldeas y cuatro fuertes franceses en el valle del San Lorenzo y dos fuertes interiores, Frontenac y Niagara, en el lago Ontario. Podrían verse docenas de fuertes, puestos mercantiles y cabañas comerciales temporales de los franceses por toda la región de los Grandes Lagos, en una constelación en constante cambio. La población de la América inglesa empequeñecía con creces la de la Norteamérica francesa y española –durante el siglo XVII, emigraron

a Norteamérica y a las Indias Occidentales más de 400 000 ingleses–, aunque galos y españoles podían sentirse relativamente seguros en el Nuevo Mundo gracias a las alianzas establecidas con los indios. Mediante la creación de matrimonios *a la façon du pays*, los franceses pudieron acceder a un gran número de comunidades indígenas, con lo que consolidaron su posición desde la región de los Grandes Lagos a la bahía de Hudson. Allí, un denso entramado de parentescos creó un mundo de inusual estabilidad.

Sin embargo, entre 1675 y 1690, todos y cada uno de los proyectos coloniales en el continente indígena parecieron tambalearse o expirar por completo. Nueva Inglaterra se sumió en un estallido de violencia causado por cerdos, vacas, vallados, caza y escrituras de propiedad. Las tierras fronterizas entre el país de los susquehannocks y Virginia se transformaron en el escenario de una contienda que nadie quería. Los indios pueblo atacaron a sus supuestos amos españoles en un alzamiento planificado con sumo cuidado. Las Cinco Naciones empezaron a matar a comerciantes franceses y a los aliados indios de Nueva Francia en el interior y llevaron la lucha hasta Montreal. Los neerlandeses abandonaron el continente tras apenas doce años y dejaron tras de sí un controvertido legado colonial. De repente, el Nuevo Mundo pareció convertirse en la tumba de los imperios del Viejo Mundo ante el contragolpe concentrado de los nativos americanos contra generaciones de agresión colonial.

Los primeros indicios de problemas aparecieron en Nueva Inglaterra, escenario de varias contiendas brutales que, hacia la década de 1670, habían causado la muerte de miles de nativos americanos. Ousamequin, el poderoso *sachem* wampanoag, mantenía la alianza con los peregrinos establecida en la década de 1620, pero la relación empezaba a tensionarse. La Guerra Pequot de 1637 expuso a una violencia genocida a los americanos nativos de Nueva Inglaterra y alrededores, que les dejó impactados y alienados. En 1642, el estallido de la guerra civil en Inglaterra entre realistas y parlamentarios detuvo casi por completo la migración a América, con lo que los novoiñgleses tuvieron que arreglárselas por su cuenta. Un año más tarde, las colonias de Plymouth, Connecticut, New Haven y la bahía de Massachusetts formaron una alianza militar contra los indios, la Confederación de Nueva Inglaterra.

# GUERRAS HASTA EL FIN DEL MUNDO

Desde los primeros contactos entre los nativos americanos y los europeos, la cadena de los Apalaches, con sus 2400 kilómetros de extensión desde Terranova hasta el sur, había sido la gran divisoria. Las personas que vivían a uno y otro lado de esta cordillera, a veces majestuosa y a veces escarpada, tenían escasas interacciones y no había nación, confederación, colonia o imperio alguno que pudiera justificar el control del territorio a ambos lados. Los Apalaches cortaban la mitad oriental del continente en dos mitades diferenciadas. Hacia finales de la década de 1720, los Apalaches constituían la frontera sólida entre las dos Américas: la colonial y la indígena. Las trece colonias inglesas controlaban la mayor parte de la planicie litoral entre la costa atlántica y las primeras estribaciones de los Apalaches. Una región fronteriza, diferente y –a ojos de los ingleses, subdesarrollada–, el llamado «país interior», separaba a las colonias de los Apalaches. Los colonos aspiraban a integrar con rapidez el país interior en el Imperio británico; en realidad, la región delimitaba la línea divisoria, más allá de la cual los ingleses no tenían aspiraciones legítimas.



Tras varias generaciones de interacciones con los europeos, a veces violentas y otras veces pacíficas, las Seis Naciones sabían cómo controlar a unos colonos inquietos y hambrientos de tierras. En 1742, en una gran cumbre en la *statehouse*, o sede del Gobierno, de Filadelfia, el *sachem* onondaga Canassatego trató a los lenapes como aliados subordinados, lo cual relegó a los ingleses a un papel secundario. «Primos: que este Cinturón de *Wampum* sirva de reprimenda –amonestó a los lenapes en un lenguaje profundamente sexista–. Os conquistamos, os convertimos en Mujeres, sabéis que sois mujeres y ya no podéis vender Tierra». Canassatego les ordenó «retirarse de inmediato» de las tierras ancestrales iroquesas. Los colonos eran meros espectadores de la política de poder de las Seis Naciones. El año siguiente, se celebró una segunda cumbre para reducir las crecientes tensiones entre Pensilvania y los indios vecinos. Zillawoolie, enviado de las Seis Naciones, se centró en los catawbas y prometió «persuadirlos y hacer que muestren buena conducta en todas partes», algo que los reticentes colonos de Pensilvania no se atrevían a hacer. Los iroqueses también exigieron derecho a viajar por Virginia según les placiera y reafirmaron su dominio sobre los valles del Delaware y del Ohio.

De haber estado presentes en Filadelfia, los catawbas habrían protestado contra la presunción de las Seis Naciones. Las expediciones comerciales inglesas continuaron siguiendo la Gran Senda de Comercio entre la bahía de Chesapeake y el Piedmont que conducía a las localidades catawbas, a las que mantenían prósperas y poderosas. Los catawbas, como antiguos residentes del Piedmont, pensaban que podían limitarse a quedarse en su sitio y esperar que los bienes fluyeran a sus localidades. A cambio de sus valiosas pieles y cueros de ciervo, recibían armas de fuego, pólvora, plomo, herramientas de metal, telas, mantas, artículos de lujo y ron. Seguros de la solidez de su posición, se mantenían distantes; eran arrogantes, ofensivos incluso. En el verano de 1744, se retomaron las conversaciones en Filadelfia. Los catawbas remitieron un seco mensaje en el que informaban a los iroqueses de que «no eran más que unas mujeres; que ellos eran dos veces hombres, pues tenían dos P... [penes]; y que podían convertirnos en Mujeres, y que siempre estarían en Guerra con nosotros».

Retrato de Thayendanega, o Joseph Brant, por George Romney (1776). National Gallery of Canada.

# EL CRISOL AMERICANO

A finales de agosto de 1784, una delegación de 260 líderes nativos del País del Ohio, en representación de las naciones iroquesa, cheroqui, chickasaw, choctaw, shawnee y lenape se reunió con don Francisco Javier Cruzat, gobernador adjunto de la Alta Luisiana, en su cuartel general de San Luis. El portavoz de la coalición indígena se dirigió a Cruzat como «padre español». Acto seguido, inició su discurso: «Desde el momento en que tuvimos el infortunio de perder a nuestro padre francés y supimos que los españoles serían nuestros vecinos, experimentamos un gran anhelo por conocerlos y establecer con ellos una amistad sincera que nos garantice su afecto. El Amo de la Vida dispuso que nuestras tierras fueran habitadas por los ingleses y que estos nos dominen de forma tiránica, hasta que ellos y los estadounidenses separaron sus intereses y formaron dos naciones diferentes. Este suceso fue el mayor golpe que nos podrían haber asentado y casi supuso nuestra total destrucción. Los estadounidenses, mucho más ambiciosos y numerosos que los ingleses, nos sacaron de nuestras tierras, formaron grandes asentamientos y se extendieron como una plaga de langostas por los territorios del río Ohio que habitamos». Los pueblos nativos se estaban adaptando a un nuevo universo donde casi todo era más difícil y peligroso.

Cruzat encajó con facilidad en el puesto vacante de *Onontio*. No había otra opción. La Luisiana española solo era una colonia sobre el papel: España apenas destinaba 500 soldados a patrullar la inmensa provincia. Cruzat dio la bienvenida a los «dignos jefes y guerreros de las seis naciones que en este momento que dan su mano. Es imposible expresar la extrema complacencia con que os recibo entre mis brazos como Buenos hijos a los que estimo y amo de verdad». Contrastó la acogedora política de España con la agresividad creciente de los estadounidenses y lamentó «el lastimoso estado de vuestras aldeas». Invitó a la delegación a que examinara sus políticas y juzgaran «si los españoles merecen el renombre maligno que los americanos se esfuerzan en inspirar». En una repetición de la política india de Francia, Cruzat ofreció a sus visitantes a formar una alianza en la cual «todos los habitantes, hijos míos, que veis aquí, y que os tratarán como a vuestros hermanos, os acogerán en sus hogares como si todos pertenecierais a nuestra nación». Fue una audaz intervención diplomática en un momento de intensa presión. Los estadounidenses se estaban adentrando en la Luisiana española y muy pronto tratarían

de «hacerse fuertes en ciertos puntos sobre las orillas del Misisipi». Si querían tener alguna posibilidad de éxito, los españoles necesitaban aliados indios. La Luisiana española solo tendría una oportunidad de sobrevivir si cheroquis, muscoguis, choctaws, chickasaws y seminolas aceptaban los ofrecimientos españoles de cooperación.

En ese momento, los españoles de la Luisiana fueron para los indios del sudeste lo que los franceses habían sido para los numerosos refugiados indios desplazados por los iroqueses en el siglo XVII: socios comerciales, aliados militares y padres y parientes ficticios que atendían sus necesidades. A cambio, los desesperados españoles obtuvieron aliados que podían proteger la vasta y frágil colonia. Luisiana era una entidad enorme que cubría más de 2 millones de kilómetros cuadrados entre el valle del Misisipi y las Montañas Rocosas donde solo residían entre sus confines 30 000 colonos. Era evidente que España nunca podría imponer su soberanía en toda la provincia. Lo que más preocupaba a los españoles era el río Misisipi, que daba acceso al interior del continente. La creciente centralidad del río convirtió Nueva Orleans en el foco de la rivalidad hispano-estadounidenses.

Al igual que muchas naciones indígenas, España optó por una estrategia de contención ante Estados Unidos. Mientras los indios trataban de mantenerlo lejos del interior, los españoles intentaban apartarlo de Nueva Orleans, la costa del Golfo y el valle del Misisipi. Los intereses de indígenas y españoles coincidían y la Luisiana española pasó a ser un refugio para los indios. De forma más inesperada, también se convirtió en el hogar de miles de colonos estadounidenses dispuestos a unirse a los españoles. Los funcionarios españoles aspiraban a crear «un muro viviente de ciudadanos trabajadores» por medio de la inmigración desde las colonias vecinas. En 1787, Miró, gobernador de Florida, anunció que: «No debemos perder un instante y poblar la Luisiana con individuos que juren solemnemente alzarse en armas contra todo intento de invasión desde Kentucky». Miró quería soldados-ciudadanos, católicos a ser posible, aunque no clérigos. Admitió que el plan era peligroso, pero «las circunstancias nos obligan a asumir este riesgo». Al cabo de poco tiempo, 20 000 estadounidenses se habían establecido en la Luisiana española. Era obvio que les atraía la tierra, sin afinidad alguna por los españoles. Daniel Boone se enzarzó en litigios y en especulación de tierras y pronto se marchó de Kentucky. Otros optaron sin más por saquear los asentamientos españoles.

# LA SUPREMACÍA COMANCHE

Mediado el siglo, los comanches disponían de suficientes caballos para librar guerras montadas a gran escala y para su necesaria expansión: su gran población y sus crecientes rebaños equinos exigían una mayor base de recursos. Formaron una amplia alianza con los taovayas, tonkawas, wichitas, hasináis y osages – los españoles, consternados, los llamaban *norteños*– y avanzaron en dirección sur desde el Llano Estacado hasta adentrarse en las planicies de hierba corta y sus enormes manadas de bisontes y caballos salvajes. Sus «perros mágicos», descendientes de caballos berberiscos criados en el desierto, florecieron en esas regiones y mejoraron la dieta, la movilidad, el poder militar y el acceso a los mercados de los comanches. Estos atajaron radicalmente su modo de vida. La caza ecuestre del bisonte constituía ahora el núcleo de su existencia. Comer pescado pasó a ser tabú, la recolección de alimentos de origen vegetal declinó y la carne aviar se convirtió en un alimento de emergencia que solo se ingería cuando fallaba todo lo demás.

Potenciados por los caballos, los comanches se lanzaron a controlar las llanuras meridionales y la riqueza animal de la región por medio de la guerra. Las planicies de los búfalos no estaban a disposición del primero que llegara, de modo que el empuje comanche desencadenó una larga y enconada contienda con sus antiguos enemigos, los apaches lipanes, que dominaban la región y habían convertido muchos de sus valles fluviales en florecientes campos de cultivo. Sin embargo, este éxito agrícola fue la perdición de los lipanes. Atados a sus campos, no tuvieron la menor posibilidad contra millares de soldados comanches a caballo. Desesperados por obtener ayuda española, los líderes lipanes hicieron una propuesta que los funcionarios coloniales no podían resistir: prometieron convertirse al cristianismo. Las mujeres lipanes empezaron a llevar cruces en señal de paz y los españoles construyeron un complejo de misión-presidio en la Apachería, en el valle del río San Sabá, centenares de kilómetros al sur de Nuevo México y a 220 kilómetros de San Antonio. En junio de 1757, 3000 comanches visitaron el complejo en construcción; el asalto llegó ocho meses más tarde.

A mediados de marzo de 1758, un contingente de 2000 *norteños* se concentró a las puertas de la misión. Informaron a los españoles del fuerte de que «venían con intención de matar a los apaches».

El *paraibo* –líder– comanche vistió uniforme francés y, a continuación, la fuerza puso sitio al fuerte y prendió fuego a los edificios de madera de la misión. Los defensores estimaron que los indios disponían de un mínimo de 1000 mosquetes franceses. Solo murieron ocho españoles, pero el efecto de choque fue catastrófico. Las armas y uniformes galos anunciaban el largo alcance de los contactos diplomáticos de los *norteños* y la devastación causada –destruyeron ornamentos eclesiásticos, decapitaron una efigie de san Francisco, dejaron sobre el altar de la iglesia cadáveres con ojos y cabelleras arrancadas– expresaba un profundo odio contra todo lo español.

El saqueo de la misión de San Sabá fue un significativo punto de inflexión en la historia del oeste norteamericano y su onda expansiva reverberó hasta Ciudad de México. Los comanches integraron en sus filas a algunos lipanes y exiliaron a decenas a las tierras desérticas de más al oeste. Los misioneros españoles se retiraron con el resto de los lipanes a nuevas misiones, a casi 150 kilómetros al sur de la Comanchería. De repente, numerosos pueblos apaches se vieron sometidos a una alarmante marginación. Las *rancherías* –asentamientos– de los comanches se habían vuelto demasiado poderosas para que los apaches pudieran desafiarlas, con lo que estos empezaron a asaltar las *rancherías* españolas de Nuevo México y Texas. Un gran número de lipanes buscó refugio en el sur, donde se establecieron en el curso del río Bravo y se aventuraron hasta Coahuila. En 1760, la localidad pueblo de Galisteo se había convertido en «el habitual teatro de la guerra con los comanches, quienes tienen a este pueblo de mala manera». En Santa Fe, los españoles estaban en constante vigilancia ante la llegada de comanches.

Los comanches fueron una superpotencia territorial instantánea. En ese momento, la Comanchería se extendía más allá del río Arkansas, en el norte. Desde allí, se curvaba en un arco de 960 kilómetros hacia el sur, hasta llegar a la falla de Balcones, donde la estepa herbácea deja paso a la planicie litoral. La frontera oeste de la Comanchería seguía el trazado del río Pecos cerca del mismo núcleo de Nuevo México, junto al curso superior del Bravo. Cubriendo alrededor de 650 000 kilómetros cuadrados de praderas, fue, por un amplio margen, el territorio indígena más expansivo de Norteamérica.



**Contacto:**

Guillermo Escribano Jara - Comunicación

Tel. 616 404 434

[comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



DOSIER DE PRENSA

